



### III

#### El asalto al convoy

**A** PENAS se restableció el orden resolví salir de Méjico. Supe que el convoy de plata continuaba su marcha escoltado por don Blas. Era la mejor ocasión para que yo le acompañase.

Partí de Méjico al salir el sol con mi criado Cecilio. Así que me encontré en el campo empezó á desvanecerse el placer que experimentaba á la idea de mi próximo regreso á Francia, alternando la tristeza con la satisfacción. Méjico se encuentra todavía rodeado de lagunas como en tiempo de la conquista, pero el aspecto de esas lagunas ha cambiado completamente, cruzadas por una espaciosa carretera. Al llegar á Buena Vista, desde donde se domina el valle de Méjico, me detuve para mirar por la postrera vez aquellos hermosos llanos.

Después de pasar la noche en la venta de Córdoba, atravesé sucesivamente los bosques de Río-Frío, famosos por los robos que en ellos se cometen diariamente, y los risueños valles de San Martín, que traen á la memoria los del Bajío.

La nevada cima de los volcanes vecinos de Méjico brillaba á los últimos rayos del sol cuando yo llegaba á Puebla. La conducta había pasado por esta ciudad el día precedente.

Con sus iglesias, sus altos campanarios y sus cúpulas pintorescas, Puebla parece á lo lejos una población oriental. No me detuve en ella sinó el tiempo preciso para descansar, y al tercer día de mi salida de Méjico divisé en el camino de Puebla á Veracruz las banderolas rojas de los lanceros que escoltaban el convoy.

Y el primer soldado á quien me dirigí era Juanito, que había pasado, como su amo, de infantería á caballería, ascendiendo á cabo.

—¿Está V. todavía al servicio de don Blas? le pregunté.

—Ya no, señor, desde que á él le hicieron capitán, y yo gané también estos galones en la azotea de la casa de V.

Enseguida alcancé al capitán. Marchaba meditando á la cabeza del destacamento. Felicítelo por su ascenso y le pregunté por su herida. Sonrojóse un poco y me preguntó si pensaba acompañarle.

—Hasta Veracruz, respondí.

Me habló de los peligros del camino y le dije que los evitaría yendo con él.

—¡Ay! amigo, repuso, los últimos sucesos han lanzado algunas gavillas en campaña, y he oído que acaso tengamos que habérmolas con los bandidos en los desfiladeros de Amosoque. Pasó aquel tiempo en que bastaba que la bandera española flotase sobre un convoy de dinero para que no le amenazase ningún peligro en todo el camino.

—¿Y un escuadrón de lanceros, mandados por usted, no ha de servir para el caso lo mismo que la bandera española?

—¡Dios lo quiera! Por mi parte cumpliré con mi deber.

El camino era tan accidentado como pintoresco, y los espesos bosques, los barrancos profundos y los desfiladeros que atraviesa resultan harto propicios á emboscadas. A las pocas horas de hallarme entre mis nuevos compañeros de viaje empecé á sentir la necesidad de una distracción para evitar el fastidio de aquella marcha lenta. Los cuentos y las canciones de un acemilero que desempeñaba las funciones de mayordomo de la conducta llegaron á atraer mi atención. Se llamaba Victoriano, representaba unos treinta años, hacía mucho tiempo que viajaba por aquellos caminos, y en cada punto de parada tenía asunto para una historia. Por la noche, bajo un cielo estrellado, cuando las mulas, libres de su carga, comían sus raciones de maiz sobre las mantas; cuando alrededor de las hogueras del campamento los centinelas vigilaban el tesoro puesto á su cuidado, y los demás soldados dormían tendidos cerca de sus armas, el capitán y yo disfrutábamos oyendo á Victoriano.

Habíamos dejado atrás la población y el fuerte de Perote.

—Caballero, me dijo Victoriano, debe visitar usted ese fuerte: puedo acompañarle hasta la entrada, y con mi recomendación le dejarán á V. penetrar en él sin dificultad. Luego podrá V. alcanzarnos en Cruz Blanca, un pueblecillo á dos leguas de aquí, en el cual pasaremos la noche. Cuando V. regrese le contaré, acerca de ese fuerte, una aventura que dió mucho que hablar hace algunos años.

Acepté la proposición y Victoriano me hizo introducir en la fortaleza que recorrí con entera libertad, sirviéndome de *cicerone* un atento oficial. Mi visita duró cosa de una hora, y como el sol se aproximaba á su ocaso, me apresuré á volver en busca del convoy, dando las gracias á aquel militar. Atravesé una de esas llanuras áridas y tristes cubiertas de escorias volcánicas, sobre las cuales hay una capa de tierra

CAPITULO ALFONSO

tan ligera que solo en ella brotan plantas raquílicas. El viento parecía murmurar gemidos ahogados entre las hojas de los enebros, y la niebla era tan densa y húmeda que deseaba llegar cuanto antes al lado de la hoguera que debía haber encendido Victoriano. Sin embargo, tenía que ir despacio, ya por temor de perder el camino entre la oscuridad, ya por lo áspero que era en algunos sitios.

Ya era bien entrada la noche cuando llegué á Cruz Blanca. En el reducido número de edificios de aquel pueblo no me costó trabajo dar con el que servía de alojamiento á la conducta. Gran sorpresa me causó el saber que no había comparecido Victoriano. Solo algún accidente grave podía retener fuera de su puesto á un hombre cuya puntualidad habitual conocían todos, y así la inquietud era general. En esto se presentó un individuo preguntando por el capataz; vestía el traje propio de los mozos de mulas y dijo que Victoriano, cuya caballo había caído, se hallaba herido gravemente, y que le habían llevado á Perote para hacerle la primera cura. El mensajero añadió que, á ruego de Victoriano, venía á ofrecerse para ocupar su puesto, hasta que el herido pudiera incorporarse al convoy. El capataz, que tenía el número de hombres indispensable; aceptó la oferta, acaso con demasiada ligereza. El desconocido era mozo robusto, pero cuya cara siniestra distaba mucho de inspirar la confianza que Victoriano.

Al día siguiente emprendimos la marcha para ir á pernoctar en Hoya, otro pueblecillo distante cinco leguas de Cruz Blanca. La marcha lenta, como de costumbre, resultaba más pesada que los demás días, por vernos privados de los cuentos de Victoriano.

Todo andaba mal desde su desaparición. Al llegar á Barranca Honda, á una legua de Cruz Blanca, se desherró una mula, poco después otra y luego otra. Fué preciso detenerse largo rato para reparar esas

faltas. El sustituto de Victoriano desempeñaba las funciones de herrador con un celo que merecía los aplausos del capataz, pero ello no obstaba para que á la vez jurase como un energúmeno por la pérdida de tiempo. Yo le dije á don Blas:

—¿No le parece á V. que ese belitre que hierra las mulas es muy capaz de haberlas desherrado antes?

El capitán no hizo caso de mi observación.

El convoy se puso otra vez en marcha, pero por más esfuerzos que se hicieron para acelerar el paso parecía que las mulas habían perdido su vigor habitual, como si se les hubiese mezclado en el pienso alguna sustancia enervante. Al pasar por Las Vigas el capataz tuvo una entrevista con el jefe de la escolta. Era de parecer aquél que debía pernoctarse en Las Vigas, pero don Blas opinaba por seguir á La Hoya, alegando que cualquier retardo en el convoy produciría una grande alarma.

Por desgracia para el capataz prevaleció el parecer del jefe. Quizás en ningún punto de Méjico se deja sentir con tanta fuerza como en las cercanías de Las Vigas la brusca transición de la temperatura entre el llano y las regiones montañosas. Momentos antes de llegar á dicho pueblecillo se encuentra uno ya entre la vegetación de los países fríos. Una vez allí hay que despedirse de la brisa templada y del cielo azul, á los que reemplazan un viento que sopla á través de vapores helados, un celaje cubierto, un terreno árido, cortado y como trastornado por una lucha de titanes.

Reinaba completa oscuridad, cuando pasábamos por las inmediaciones de Las Vigas. La niebla, que al principio se arrastraba por el suelo y formaba torbellinos como el polvo bajo los pies de las cabalgaduras, se alzó al poco rato, llegando á ocultarnos las puntas de los abetos más altos. Apenas nos distinguíamos los unos á los otros en medio de la niebla

que el helado viento nos arrojaba al rostro. Había varios barrancos paralelos al camino que atravesaba por encima de corrientes de lava enfriada, y debía tenerse muchísimo cuidado de que no se extraviase por ellos alguna de las mulas cargadas de dinero, saliendo de la senda que seguían.

Confieso que admiraba la calma de don Blas sobre quien pesaba una responsabilidad muy grande, que me hacía compadecerle. El capataz recorría incesantemente todo lo largo del convoy, y al dirigirse de un punto al otro brotaban chispas de los cascos de su cabalgadura. Este hombre sí que me inspiraba un vivo interés, pues su fortuna y su porvenir estaban comprometidos en este negocio. Su responsabilidad era mucho más grave que la del capitán, y el infeliz contaba y recontaba sus mulas con una ansiedad que causaba pena.

Así que estuvo bien cerrada la noche don Blas dividió su fuerza en dos partes: con la primera se puso él mismo á la cabeza del convoy, dejando la otra al mando del cabo Juanito, su ex-asistente. Hacía ya bastante tiempo que marchábamos así, en profundo silencio, que interrumpía únicamente el esquilón de la mula delantera, el canto de algún soldado y el choque de las herraduras. Yendo á uno de los flancos de la conducta, repasaba en mi mente los extraños accidentes de aquel día; la desaparición del mayordomo, las mulas deherradas y el decaimiento de sus fuerzas me parecían síntomas alarmantes.

En esto se reunió conmigo Cecilio.

—Mi amo, me dijo en voz baja, si quiere V. seguir mi consejo no estaríamos un minuto más aquí; van á ocurrir cosas terribles.

—¿Y á dónde iremos, observé, cuando no se ve á dos pasos, en medio de esas rocas y entre barrancos? ¿Qué es lo que hay?

—Lo que hay, mi amo, es que Victoriano, se ha

deslizado entre nosotros, y tal vez soy yo el único que lo ha observado. Su caída es, pues, una mentira, y esto no indica nada bueno.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Le he visto; pero aun hay más: hace un rato que me hallaba detrás del convoy, como me ocurre cada día con este maldito penco, y han pasado junto á mí dos jinetes sin verme, porque en aquel momento me tapaba una roca. Uno de ellos montaba un caballo negro, demasiado soberbio para que pertenezca á un viajero pacífico.

—¡Un soberbio caballo negro! murmuré acordándome del ranchero que contemplaba con tanta flemma la salida del convoy en Méjico.

—El otro, continuó Cecilio, iba sobre una mula en traje de acemilero, y si no he comprendido mal lo que decían, el mayordomo debe ser cómplice de ellos.

—¿Y qué han hecho esos hombres?

—Me parece que, gracias á la oscuridad, se han mezclado con la escolta, y es fácil adivinar el objeto; y no estarán solos, porque cualquiera de estos barrancos puede ocultar una cuadrilla. Lo mejor, mi amo, será quedarnos atrás y dejar que la conducta pase adelante.

—De ningún modo, respondí, corro á avisar al capitán.

—¿Y si el capitán fuese cómplice también?

No respondí ha esa observación. Era hora de obrar, y sin darme cuenta de las sospechas de mi criado, traté de alcanzar, al menos, al capataz, y enterarle del caso. Pronto marché al lado de algunas mulas, mientras las otras formaban una larga fila delante. En estos momentos reconocí en un jinete que iba á mi lado la facha siniestra del sustituto de Victoriano. Luego oí la voz de uno de los conductores, que gritaba:

—¿Qué significa esto? ¡Eh! Victoriano ¿eres tú?... ¡Ah! sí, por vida de... ¿y por qué milagro?

Nadie respondió á esa pregunta: la voz calló enseguida. Me estremecí, creyendo haber oído un grito ahogado y la caída de un cuerpo: después nada, solo el ruido de las pisadas de las mulas. A los pocos momentos mi caballo dió una sacudida violenta, cual si en la oscuridad distinguiera algún objeto que le espantara. Ansioso de aclarar mis dudas saqué el yesquero del bolsillo, cual para encender el cigarro, y me creí juguete de un sueño: ví algunos hombres que iban mezclados con la escolta y con los muleros.

De repente dejó de sonar la esquila de la mula delantera; pasados unos instantes la oí de nuevo, pero en una dirección opuesta, saliendo sonidos iguales de los barrancos de la izquierda. La traición nos cercaba por todas partes. ¿A quién dirigirse en medio de una niebla densa, en un camino tan cortado? ¿A quién confiarse en las tinieblas que confundían á unos y á otros? A riesgo de desnucarme corrí hacia la cabeza de la conducta. ¡Era demasiado tarde! Silbó un objeto que vino á caer sobre mí, y mi caballo dió un salto hacia adelante, pero en vez de verme arrancado de la silla me sentí fuertemente sujeto. Un lazo escurridizo, destinado seguramente para mí solo, había hecho presa también en mi caballo; mi brazo derecho, reciamente sujeto contra mi cuerpo, carecía de movimiento, así es que no podía sacar mi cuchillo para cortar el lazo. Entonces clavé las espuelas en los ijares: el noble animal relinchó, haciendo grande esfuerzo sobre sus remos, y yo sentí más fuerte la presión del lazo, pero no más que un momento; la cuerda se aflojó enseguida. Estuvo en muy poco que un segundo bote del caballo no me sacase de la silla; resonó una detonación y un grito de rabia; la bala pasó silbando junto á mi cabeza; pero quedé libre, sin darme apenas cuenta del peligro que acababa de correr.

A la detonación sucedió un grito de alarma, al que respondieron muchos tiros: luego una confusión inexplicable. Engañadas las mulas por la esquila, que sonaba en distintas direcciones, se dispersaban empujándose las unas á las otras. Rasgaban la niebla los fogonazos, y el eco se repetía mil veces por las hondonadas, descubriéndose á su resplandor las casacas encarnadas de los lanceros que disparaban á bulto, sin saber á quien ni á donde. Las balas silbaban en todas direcciones y los gritos de desesperación del capataz eran lo único que dominaba alguna vez el espantoso desorden.

MI asustado caballo me había llevado fuera, y cuando después de muchos esfuerzos logré hacerle retroceder la lucha había cesado, y los bandoleros habían desaparecido. Don Blas, con una serenidad chocante, me estrechó la mano en silencio. No tuve tiempo de preguntarle nada, porque se interpuso entre ambos un hombre con una antorcha, suplicándole que le auxiliase. Al fulgor de la llama pude reconocer las facciones desencajadas del pobre capataz. Los mozos, entre los cuales no estaba el sustituto de Victoriano, vigilaban las mulas agrupadas en torno de la delantera, cuya esquila había desaparecido, pero varios de esos animales tenían grandes heridas, por las cuales se desangraban. Dos soldados curábanse haciendo trizas sus pañuelos; seguramente los habrían herido sus mismos compañeros. Por último en un barranco poco profundo se veía á uno de los mozos en las ansias de la muerte: era el mismo que había reconocido á Victoriano.

El capataz, mientras pasaba con mano térmula su antorcha por junto á las mulas, se arrancaba con la otra los cabellos ó se enjugaba el sudor que corría por su semblante cadavérico. Don Blas, cuyo rostro aparecía también muy pálido, á pesar de la luz rojiza de las antorchas, no revelaba el amargo pesar de

quien, por impericia ó desgracia, ha faltado á su deber.

—¿No le parece á V., le dije, que debiéramos perseguir á los bandidos? Cargados con su presa no estarán muy lejos.

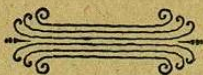
—Ciertamente, pero ¿qué es lo que falta del convoy?

En este momento el capataz acababa de contar sus mulas y exclamó:

—¡Cinco, señor capitán! ¡cinco me faltan! ¡He perdido en esta noche el fruto del trabajo de toda mi vida! ¡Por qué me aconsejó V. que viniéramos á estas horas aquí? ¡Por Dios! hágame V. hallarlas... yo recompensaré este servicio.

Y el infeliz, soltando su antorcha, se dejó caer en el suelo.

El capitán, cual queriendo reparar el mal que un consejo imprudente ó culpable hubiera ocasionado, eligió doce de los soldados mejor montados, les mandó proveerse de ramas de abeto que les sirvieran de antorchas, y poniéndose al frente de ellos se dispusieron á emprender la persecución. Aunque yo no esperaba resultado de esta pesquisa tardía solicité un puesto en la expedición que no ofrecía peligro y don Blas me admitió sin dificultad.



## IV

## El que la hace la paga

A pesar de las antorchas era casi imposible descubrir la pista de los raptos sobre un terreno canchizado: más que los ojos debía guiarnos el raciocinio en nuestras pesquisas. Desde donde estábamos se descubrían las luces del pueblo de La Hoya: no habrían tomado aquella dirección. El costado izquierdo, lleno de derrumbaderos no era practicable en la oscuridad. Lo más seguro era que hubiesen ganado las montañas cubiertas de bosque, que dominaban la derecha; por consiguiente, debíamos explorar aquella parte.

Un soldado hizo observar que las antorchas delatarían nuestra presencia; pero antes de apagarlas echamos una ojeada por el terreno: había un sendero escarpado que terminaba en el camino. En este sitio nos colocamos tres, mientras los demás exploraban si había otras comunicaciones por allí. Al cabo de media hora volvieron: nada habían visto, pero se habían asegurado de que no había más sendero que el